

Cosas de la vida

Guillermo Sullivan



Capítulo 1

Cosas de la vida

Doña Esther volvió a encontrar la sala desordenada, y ésta era la quinta vez; esa mañana algo había permutado en su humor. «Pareciera que los fantasmas hicieron de las suyas otra vez», pensó. Pero igualmente solía entender que los fantasmas y los muertos eran la misma cosa: ancestros, antepasados, y cualquier gente o familiar que ya había partido hacia la otra dimensión, y por otro lado, Mónica, su nieta con quien compartía la casa, era una mujer escuálida que siempre encontraba algo negativo en las vicisitudes de la vida, y durante mucho tiempo solían ser buenas amigas, pero ahora el tiempo barajó sus destinos, y poco a poco habían convertido la casa —su única herencia—, en una ergástula de sin sabores de la vida.

En otros tiempos doña Esther había incubado el sueño etéreo de ganarse la lotería, al menos esa fantasía la situaba en la tierra, pues desde que su esposo murió las cosas habían cambiado, y no hace mucho tiempo, en un día hermoso y asoleado, se ganó un mediano premio, el suficiente dinero como para comprar esta humilde casa de madera, y al cabo de pocos años, perdió todos los ahorros de una vida de privaciones, pues siguió despilfarrando el dinero con querer ganarse el premio mayor, y concretamente éste era el punto de discusión entre ambas. «Yo sé lo que hago con mi dinero», decía la abuela.

No hace mucho tiempo, Mónica conoció a un joven carpintero de nombre Damián, y desde entonces su personalidad se había transformado de una forma notoria, ella solía contarle todos los aspectos de su vida, y él, siempre atento, le respondía con un mal consejo, más bien una imprudencia, para bien o para mal, esa amistad era una de las aflicciones de doña Esther, y no tardó en somatizarlas con sus monólogos internos, cosa que su nieta advirtió una noche.

Poco tiempo después, doña Esther volvió a experimentar la casa en desorden, y tomando en cuenta que la noche anterior había hecho esfuerzos sobrehumanos por dejarla limpia e impecable, pero en esta ocasión su reacción fue diferente. «Si crees que me vas a volver loca para luego quedarte con la casa, estás equivocada, hijita» —le gritó.

—Qué te pasa, abuela —dijo Mónica—, por qué me dices eso.

—No creas que estoy tan tonta —replicó doña Esther—, ya sé que tú y el

bueno para nada de tu pretendiente traman algo.

—No sé de qué me hablas —dijo Mónica—, pero creo que tu mente está produciendo extrañas imaginaciones, tal vez necesites un doctor.

—Sí, como no —dijo doña Esther, con un dejo de irritación.

Esa misma noche estaba lloviendo a cántaros. Y mientras doña Esther buscaba una pomada para el reumatismo, sacó dentro de una caja de madera varias fotografías del pasado, se sentó en la orilla de la cama y se puso a observarlas, y después de barajarlas por unos momentos, sacó algunas y las puso sobre la cama. «Cómo pasa el tiempo», pensó. Mónica entró por la puerta principal y la miró tan absorta que no dudó en preguntarle:

—¿Qué tienes?

—Nada —respondió ella.

Mónica dejó una bolsa de mandado sobre la mesa de la cocina, y se dispuso a hacer la cena; preparó un guisado de pescado con arroz, el olor hizo transmutar el semblante de la abuela, y media hora después se dispusieron a comer, y durante la cena, doña Esther le dijo:

—Ahí en la cómoda te dejé todas las fotografías de tu madre y padre, a ver qué haces con ellas.

—¿Y eso por qué? —preguntó Mónica.

—Te las doy para que vayas buscando otro lugar para vivir —respondió doña Esther.

Mónica dejó de comer; tomó un sorbo de agua de sandía, y la miró perpleja.

—Estás molesta conmigo —preguntó Mónica.

Doña Esther no respondió, y dejó entre abierto un silencio hiriente, y al término de la cena, se dirigió hacia su recámara para ver televisión. Mónica naufragó por un mar de pensamientos, pensó en sus padres y en sus hermanos, y en cómo un terremoto puede cambiar la vida de las personas, sabía que los desórdenes nocturnos que ella misma producía, no eran sino el resultado de su sonambulismo, muchos años antes escuchó a su padre decirle: «por las noches pareces un remolino», sin embargo, doña Esther nunca lo había constatado, por el simple hecho de que dormía en su habitación con la tranca cerrada, además poseía la facultad de dormir como un tronco, pues aparentemente nada la

despertaba, excepto la luz del alba.

Al día siguiente Mónica ideó un plan, le pidió permiso para dormir juntas con el pretexto de que la noche anterior soñó un perro negro que la amenazaba. Doña Esther cedió de mala gana. Y efectivamente, esa misma noche su abuela constató el extraño sonambulismo de la nieta, la despertó a las tres de la madrugada, y además le hizo un revoltijo en toda su recamara. «Estate quieta, muchacha», le decía. Mónica había cumplido su cometido: convencerla de su sonambulismo, y por este medio evidenciarlo frente a su querida abuela.

El domingo siguiente, ambas fueron a misa, se pasearon por un parque, y regresaron a casa con un gato que doña Esther le había regalado a su preciada nieta. «Para que te haga compañía durante las noches, hija», le dijo.

—Gracias, abuela —dijo Mónica—, lo cuidaré como a un hijo.

Ambas se sonrieron, y en la complicidad de esas sonrisas, volvieron a hacerse buenas amigas. Los días pasaron..., como aves blancas, como nubes blanquecinas, como un frescor en medio de un día soleado, y uno de aquellos días, apareció de visita Damián. En eso estaban a punto de cenar, y doña Esther le dijo:

—Siéntate para que cenes, muchacho.

Damián meditó la invitación por unos segundos, luego reaccionó sutilmente.

—Sí, señora... —respondió Damián—, será un placer...

Esa noche, las cosas fueron cambiando...